

“Agoníe, Clivage et Symbolisation”

Capítulo XIV “Simbolización Primaria e Identidad”

René Roussillon

ΨNadie me va a rebatir en lo que voy a decir, ya que es una de las adquisiciones más consistentes de la Epistemología occidental, se simboliza en y a partir del Aparato del Lenguaje, a partir de la “materialidad de la palabra”, que hace posible la utilización del Lenguaje. Sin embargo la contribución del Psicoanálisis a la comprensión de los procesos de Simbolización está a menudo menos explicitada y formulada con menos claridad. La Meta-psicología Psicoanalítica se fundamenta sobre la idea de que el aparato del lenguaje, no trabaja a partir de la experiencia primera, bruta de la cosa, aunque sea psíquica, sino a partir de una forma ya transformada en representación, en representación de cosa, para ser precisos.

La simbolización del Lenguaje aparece, así, como una forma de simbolización “secundaria”, no puede trabajar más que a partir de una materia ya transformada en símbolo primario, no se aplica más que a través de una material ya pre-simbolizada

por el proceso primario y de esta forma ya organizada por éste. Por ejemplo, en el modelo del sueño y del par, sueño soñado/sueño narrado, la narración de la simbolización por el aparato del lenguaje, es secundaria en relación a un tiempo de producción primario, el del sueño soñado, el de la producción del sueño propiamente dicho.

Es por esto, por lo que la contribución más consecuente, más original, y la más determinante del psicoanálisis para una teoría de la representación y de la simbolización, se debe encontrar en el concepto tempranamente propuesto por Freud de representación de cosa, de una representación hecha cosa perceptible en la actividad onírica y en la teoría del proceso de producción psíquica de ésta. La simbolización implica un tiempo de producción representativa primaria que hace posible la apropiación subjetiva previa a su inscripción en la simbolización del Lenguaje.

El sueño-soñado representa, y simboliza algún fragmento de la vida psíquica, a partir de la presentificación alucinatoria de una representación de cosa que se ancla, ella misma, en un trabajo psíquico efectuado a partir de lo perceptivo (y sin duda, sensorio-perceptivo-motor) del encuentro con la cosa misma, primera huella de la inscripción psíquica de ésta.

La metapsicología psicoanalítica supone, y esto ya lo he señalado en diferentes ocasiones, el rastreo y la distinción de

Ψ Este capítulo fue originalmente publicado en francés como:

René ROUSSILLON, « Symbolisation primaire et identité », pp. 217-235 in *Agonie, clivage et symbolisation*, « Quadrige », 2e édition, PUF, 2012

Traducción: Pilar Puertas Tejedor, Asociación Psicoanalítica de Madrid.



3 huellas psíquicas que implican dos modos de transformación y simbolización, dos a dos, por lo tanto dos tiempos de la simbolización. Así, la simbolización del lenguaje es secundaria porque pertenece a un sistema llamado “secundario” por Freud, pero también porque es segunda, estructuralmente a una simbolización primaria que revela un sistema nominado “primario” por Freud.

La simbolización, como se ha subrayado a menudo, no liga la cosa a un signo, -operación que no sería más que una designación-; liga dos signos entre ellos, dos representaciones entre ellas, puede ligar dos tipos de signos entre ellos, o un signo a una forma de representación.-

La simbolización secundaria se puede definir como la que liga una representación de cosa, a una representación de palabra, es la que inscribe la representación de cosa en el aparato del lenguaje.-

La simbolización primaria liga, por lo tanto, la primera inscripción de la cosa psíquica -la “materia primera”(Freud 1900) psíquica- es decir, el primer signo psíquico de la cosa, su huella mnémica perceptiva a la representación de cosa. Su primer modelo, históricamente descrito es el de la actividad onírica. Pero su necesidad teórica no ha sido reconocida más que tardíamente y resulta de la distinción metapsicológicamente necesaria después de 1920, debido a la introducción de una distancia entre la materia primera psíquica, inscripción perceptiva primera de la experiencia, y su representación simbólica, bajo forma de representación de cosa¹.

¹ Ha resultado una cierta ambigüedad de la traducción francesa de Sachvorstellung. Los traductores

Como lo indicaba ya a partir de 1900, a partir de la noción del trabajo del sueño², la teoría ha debido reconocer la necesidad de inscribir un trabajo psíquico entre la inscripción primera de la experiencia y su representación de cosa.

La reflexión que propongo en este capítulo tiene como objetivo desprender el concepto de simbolización primaria, de su primer modelo histórico demasiado centrado, sobre el sueño y el trabajo del sueño. Tiene como objetivo explorar los tiempos y los momentos estructurales de la producción de las representaciones de cosas y de los primeros esquemas de simbolización, esquemas de la simbolización primaria.

El Hiato Identitario

Acabamos de indicarlo, la experiencia vivida no tiene sentido de inmediato, es el resultado de un trabajo psíquico que es, a la vez, un trabajo de **apropiación subjetiva** y un trabajo de simbolización. Como lo subraya Green, después de Freud, el tiempo en que “esto pasa”, no es el tiempo en que “esto se significa”. Se reconocerá

han dudado entre dos traducciones: representación de cosa y representación-cosa, representación hecha cosa. Las dos posibles traducciones me convienen, la representación cosa es también una representación hecha cosa, conseguida en el proceso de realización alucinatoria del deseo

² Es por esto que encuentro el término de “significante” ambiguo en la metapsicología psicoanalítica, designa la primera materia del psiquismo, la primera inscripción, primer índice de la huella de la experiencia o bien designa la transformación ya efectuada en representación de cosa? parece más heurístico diferenciar los distintos tipos de huellas, de los signos y de las representaciones.



en este hiato una de las formas del proceso del après-coup esencial para pensar la dinámica psíquica.

El hiato que subrayamos entre el tiempo de la experiencia vivida y el de su puesta en forma significativa, está ligado a diferentes características de la experiencia vivida y a diferentes componentes del proceso psíquico.

Hay que alegar, en primer lugar, a este respecto, la complejidad de la inscripción de la experiencia vivida de la “primera materia psíquica”. Este es un compuesto multisensorial, multisensual que condensa y amalgama en una primera forma experimentada de sí, y experimentada de sí con relación al otro, con las respuestas complejas, y a veces enigmáticas, del otro, pulsiones y complejidad de movimientos pulsionales de sí mismo, y del otro, percepciones internas y externas, etc... La simbolización de la experiencia deberá hacer un trabajo de captura de esta complejidad en una forma de conjunto figurable que debe, seguidamente, hacer posible un trabajo de análisis, de decondensación de las partes respectivas de sí y del otro, las de la pulsión, las de la sensación y las de la percepción. Este trabajo de análisis supone una cierta forma de temporalidad y de distribución espacial que no puede efectuarse en la inmediatez de lo que se experimenta en principio.

Por otra parte, hay que subrayar, también, que esta complejidad no es capturable de entrada, por el hecho de su misma naturaleza, de su inmaterialidad primera. Es una “primera materia” paradójica, una materia inmaterial, incluso si

afecta a la psique, y en esto es enigmática³.

La primera experimentación y el sentido de esta experimentación, están separados por una heteromorfia esencial. Lo vivo no puede, y no sabe, ser idéntico a sí mismo, está atravesado por la heteromorfia de los sistemas que lo atraviesan y lo constituyen. Esta particularidad está ligada al hecho mismo de vivir, es decir, de cambiar permaneciendo siendo uno mismo. Lo vivo se inscribe en esta distancia inevitable entre el tiempo de su experiencia vivida y la de su captación significativa, es por esto que debe simbolizarse, y simbolizar lo que confronta. Solo la simbolización paradójica también por el hecho de que no es similar a sí misma, y en la medida en que reposa en objetos similares y no similares a sí mismos, puede significar y captar o dar cuenta de esta no-identidad a ella misma, de forma congruente. La no-identidad a sí misma de lo vivo y del sistema primario de la psique, impone un tratamiento simbólico a los elementos que la constituyen, no encuentra salida, más que en la formación de una identidad en y por la simbolización. El símbolo es y no es similar a sí mismo, es sin embargo lo que le define como símbolo; es lo que es y no es similar a sí, siempre vale para otra cosa que lo que designa. Y el espacio o el campo que define de esta manera es el único que puede acoger

³ Más que referir el enigma a los significantes y mensajes enigmáticos de los primeros seductores como dice Laplanche, prefiero referirlo al carácter enigmático de la primera realidad psíquica, lo que no quita nada a las seducciones narcisistas y objetales eventuales de los objetos, pero sitúa el enigma a un nivel intrínseco del funcionamiento psíquico.



y tratar la paradoja de lo vivo en su proceso de cambio perpetuo. Si la realidad psíquica no puede ser capturada inmediatamente, si no puede ser simbolizada de entrada, debe serlo con mediación. Esto es lo que dice Freud en su aforismo: “Nada está en el pensamiento que no haya estado antes en los sentidos”. Para que la materia primera psíquica pueda ser representada y significada, es necesario que la psique “se dé”, se presente de nuevo a ella misma, de una manera que la permita captarla como “presentación segunda”, diferente de la inscripción primera. Sobre esta base, la psique podrá seguidamente intentar descondensar y difractar la primera materia psíquica, podrá comenzar a trabajarla y a transformarla. *Así, el primer determinante de la representación es el de una segunda presentación, el de la forma en que la Psique debe darse a sí misma y por ella misma, la presencia de lo que le afecta, o de lo que le ha afectado anteriormente.*

Este imperativo categórico del proceso psíquico ha sido percibido muy pronto por Freud, ya que encontramos este pensamiento claramente explicitado a partir de 1895 en el Proyecto: Es a partir de este descubrimiento cuando busca teorizar en su época sobre la eficacia terapéutica de la práctica psicoanalítica que está centrada sobre el lenguaje (por lo tanto escuchada por el sujeto mismo) de la reminiscencia traumática. La reflexividad tiene su importancia esencial en el psicoanálisis de este imperativo procesual.

Si antes de simbolizar y de trabajar la huella de la experiencia subjetiva vivida, la psique debe comenzar por presentarla a sí misma, surge entonces, de forma inmediata una dificultad mayor. Esta pre-

sentación a sí misma, esta representación, no debe ser confundida con el primer tiempo, el de la inscripción anterior, aquel en el que se produce la experiencia. Esta dificultad ha sido ya entonces nombrada por Freud, y es a partir de 1895, cuando aborda el problema fundamental del pensamiento “reproductivo”, es decir, el problema de la construcción de una capacidad de acordarse, el de llegar a diferenciar la reproducción de la huella de su primera producción.

En aquella época, Freud propone una solución a esta cuestión fundada sobre la teoría de la alucinación de la primera huella, y de las condiciones de su “dominio”. El reinvestimento de la huella primera, produce una alucinación de la experiencia subjetiva anterior, no diferenciable de la experiencia actual. Es la afirmación de esta particularidad, que da cuenta, en aquella época, del traumatismo: la experiencia anterior alucinada desencadena las mismas respuestas actuales que una situación que se está desarrollando, confunde al sujeto sobre la naturaleza de aquello a lo que se está confrontando. El modelo del traumatismo après-coup nace del rastreo de este proceso.

Es, pues, urgente para el psiquismo dotarse de un principio diferenciador, de un principio que permita establecer de una distancia entre la primera experiencia y su reproducción apropiativa.

La Distancia Y La Retención: El Impasse De La Cuestión Del Duelo

La introducción de una distancia diferenciadora, ha sido pensada inicialmente por Freud bajo la forma de una retención energética. Si la reinvestidura de la huella perceptiva primera se efectúa a plena po-



tencia, produce una actualización alucinatoria de la experiencia anterior. Si por el contrario esa investidura no es más que parcial, y por lo tanto, suficientemente moderada, la actualización alucinatoria es transformada en simple representación: Freud llama a este proceso “la domesticación del recuerdo” en el Proyecto, 1895. La representación de cosa, resultará, pues, de un simple “no” en acto, ejercido en el encuentro de la experiencia alucinada, de un “no” a la tendencia, a la búsqueda de una identidad de percepción. Va a resultar de la renuncia a la cosa misma, de una renuncia a encontrarla idéntica a sí misma.

Para representar, va a hacer falta, hacer el duelo de la primera cosa. Duelo originario del objeto y satisfacerse de la simple identidad del pensamiento, es decir, de la simple representación de éste. En esta lógica, la representación supone la aceptación de la ausencia o de la pérdida del objeto, cicatriza esta pérdida permitiendo encontrar el objeto en y por la representación.

Se tendrá en cuenta que en esta concepción, la simbolización primaria no plantea problemas, casi siempre es posible, sólo hace falta que el sujeto modere su investidura, para que la primera huella se convierta en el soporte de la actividad representativa. Sólo las coyunturas traumáticas, caracterizadas por un exceso de investidura o de energía pulsional pueden plantear problemas en la medida en que el exceso de que son portadoras pueden complejizar la retenida o hacer abuso al psiquismo por su actualización.

Así, en esta primera concepción del trabajo de simbolización primaria, se encuentra integralmente superpuesto al proceso de duelo, a la aceptación de éste.

Esta concepción, como veremos, es demasiado simple, demasiado “fácil”. Va a chocar con una serie de dificultades clínicas y teórico-clínicas, sobre todo las que conciernen a las patologías identitario-narcisistas. Para resumir, sólo voy a nombrar una de ellas, sin embargo decisiva en la medida en que conlleva la problemática del duelo, aquí, esencial.

Esta concepción va a chocar sobre la clínica del duelo y sobre sus formas patológicas, sobre la problemática de la melancolía. En la clínica de ésta, lo que parece es que “hacer el duelo” no va por sí mismo, y no es un proceso simple y automático. Mejor dicho, la clínica de las formas psicopatológicas del duelo desemboca en la idea de que el duelo no es posible, más que si el sujeto puede producir una representación del objeto perdido. Para hacer el duelo hace falta poder representarse al objeto, al que se va a renunciar.

No hemos subrayado suficientemente cómo se organizaba entonces, una circularidad paradójica del razonamiento y de la teoría, que constituye un impasse: *Para simbolizar hace falta, y es suficiente, hacer el duelo de la cosa, para hacer el duelo de la cosa, hay que representarla y simbolizarla.*

Es la percepción de este impasse, inicialmente confuso, después aguijoneado por sus envites clínicos, la que está en el origen de la apertura de la cuestión del trabajo de la simbolización primaria, y de la decantación de su complejidad. La distancia entre alucinación y representación de cosa, no puede ser pensada como una simple retención energética, que no dependería más que de una buena voluntad del sujeto: el retener es el fruto de un trabajo psíquico previo que articula el dentro y el fuera, el sujeto y el objeto, para



producir una “ligazón primaria” compleja en su formación y su construcción, es el fruto de un *trabajo* de construcción de un proceso de simbolización primaria.

El Proceso De Simbolización Primaria: El Primer Animismo.

Para captar la complejidad del proceso que lleva a la formación de representaciones de cosas, hay que volver a partir del punto fundamental del modelo de Freud, el tiempo de la presentación alucinatoria de la experiencia anterior a simbolizar. Para poder librarse de la primera materia psíquica, tiene que comenzar por presentarse al sujeto, debe hacerse percepción, se tiene que materializar fuera en una forma perceptiva, susceptible de acoger, por sus propiedades perceptivas singulares la alucinación primera.

Se trata aquí, de un proceso subyacente a la ilusión psíquica, el que Winnicott describe bajo la forma encontrado-creado. Es también el proceso subyacente a lo que Freud ha nombrado, animismo primitivo y al que a partir de Tótem y Tabú, confiere una importancia esencial en las primeras relaciones del sujeto con el mundo. *Alucinándose en los objetos, los procesos psíquicos inmateriales e incapaces en ellos mismos, toman forma perceptiva y material, se convierten en figurables: la psique puede empezar a captarse por el camino de su forma materializada.*

El problema teórico esencial plantea por una tal concepción metapsicológica, resulta de la superposición de una alucinación y de una percepción, de su coincidencia en el mismo lugar. Contrariamente a lo que Freud había pensado en un primer tiempo, percepción y alucina-

ción no son antagonistas; y suponer esto llevó a auténticos impasses teóricos, sobre todo las que conciernen a la Psicosis, es aquí donde se ve con mas claridad pero de hecho en todo el edificio teórico. El campo de la ilusión, por ejemplo, en el que el análisis fue inaugurado por Freud, y seguido por Winnicott, reposa, precisamente sobre el tipo de estado subjetivo particular generado por la coincidencia y la superposición de un movimiento alucinatorio y de un movimiento perceptivo. Es por lo que, como dice Freud en el 1926, la prueba de realidad fundada sobre la percepción no funciona en lo que concierne⁴ al campo de la ilusión.

Gracias a la percepción, la materia psíquica toma forma, gracias a la alucinación, la materia perceptiva toma vida; gracias a la motricidad se convertirá en transformable.

Este es el proceso esencial del trabajo de Simbolización Primaria, la psique (se) presenta la experiencia anterior, transfiriendo alucinatoriamente en un objeto material perceptible, la materia primera que debe simbolizar. Este proceso fundamental constituye el mundo exterior y los objetos que lo pueblan como un “espejo primario” de sí, y del mundo interior (esto es una resultante del Narcisismo Primario). Pero el espejo primario no se contenta en recibir pasivamente el trans-

⁴ Habría que retomar también en el mismo movimiento la cuestión de la concepción psicoanalítica de la percepción y de su situación tópica; sostener aquí la existencia de un sistema percepción/consciencia plantea muchos problemas teóricos. Habría que situar mejor consciencia y percepción en los dos extremos de la psique como lo plantea Freud en 1919



fer de lo que la psique se propone hacerle albergar, no se contenta en acoger lo que le es transferido, sino que lo transforma en esta misma medida en función de la forma perceptiva que se le ofrece. Pero sí está “animado”, responde y reacciona además de este transfer, modifica lo que recibe, lo significa con su respuesta y significa el impacto de la transferencia misma.

Hay que diferenciar, pues, el devenir de aquello de la psique que se encuentra en tránsito externo por su materialización y su puesta en forma, de especificarlo según el tipo de objeto en el cual se transfiere.- Hay que precisar los tipos de objetos que “atraen” o “son atractores” de esta transferencia y ofrecen sus escenas a su despliegue, así como las particularidades de la manera en que los objetos y los lugares de transferencia afectan lo que acogen en su forma.

Las Escenas Y Los Tiempos De La Simbolización Primaria.

El proceso de Simbolización Primaria se desarrolla y toma forma en la articulación y la dialéctica de 3 ejes, un trípode constituyendo los 3 polos de una matriz simbolizante. Su exploración psicoanalítica se ha efectuado históricamente en el orden inverso de su determinación ontológica, según una cronología al revés, clásica en psicoanálisis. Primeramente fue la exploración del espacio y de las formas del trabajo del sueño, prolongada después por la del espacio y del trabajo del juego, para terminar por reconocer la función del espacio y del trabajo del objeto. Cada uno de estos tiempos, o momentos estructurales, contribuye a la formación progresiva de las representaciones de cosas, ca-

da uno de los tiempos aporta sus características propias a esta producción; éstas son específicas y se articulan cada una sobre los límites de las otras. El proceso de simbolización primaria resulta del recorrido y del encaje de estos 3 momentos que la constituyen, supone la complementariedad de las 3 escenas, puede quedar también interferido por el objeto y su respuesta a uno u otro de los tiempos sucesivos de su producción.

La externalización de la materia primera psíquica sobre el Objeto (otro sujeto), su desplazamiento sobre el objeto, su reinternalización en el espacio del sueño, la dialéctica y la pulsación que así se establece entre dentro y fuera, forman la esencia de lo que Winnicott ha designado como proceso transicional y el espacio potencial. La externalización busca fuera del objeto aquello en lo que la materia psíquica va a poder tomar vida y forma, se descondensa y se despliega así, se transforma, se trans-figura, pero choca contra la alteridad del objeto o sobre el espacio en el cual se transfiere, se reinterioriza, entonces y se repliega en el espacio interno. Busca entonces otro objeto para poder desplegarse de nuevo y reflejar otros aspectos de su naturaleza. Cada objeto elegido de esta manera para acoger la materia psíquica, buscando potencialidades de figuración y de simbolización va a imprimir, de esta forma, su marca específica, su modelaje particular, su respuesta singular, a lo que habrá transitado en su seno⁵. *Inevitablemente la puesta en forma*

⁵ Este proceso se parece a la concepción de apuntalamiento en psicoanálisis tal y como lo desarrolla en particular R.Kaës.



deforma, dando forma, es “seducida” por el objeto que le permite percibirse y reflejarse, al mismo tiempo que debe “seducir”; todo esto para que albergue su necesidad de forma.

El Objeto Y El Juego Intersubjetivo.

Naturalmente el primer objeto elegido para reflejar la materia psíquica en búsqueda de forma y de significación, es el objeto maternal primario. Es en el encuentro con éste donde la materia primera de la experiencia subjetiva, la huella perceptiva primera, encuentra su origen la mayoría de la veces. La comunidad perceptiva entre la naturaleza de la huella y la naturaleza del objeto, facilita el primer transfer sobre el objeto de la materia de ésta, confiere al objeto su atracción natural fundamental. Es por lo que el objeto, cuyo impacto hay que simbolizar es también el objeto buscado para simbolizar este impacto.

Será ésta, la dificultad central del trabajo primero de la simbolización: es con el mismo objeto con el que hay que simbolizar el impacto del objeto, el objeto para simbolizar es también el objeto a simbolizar. Es la paradoja primera de la simbolización, la que es fundamental respetar para que pueda desarrollarse, es la que toda una parte de la teorización intenta disolver, introduciendo de entrada, diferencias que buscan moderar su efecto (por ejemplo: el objeto de la autoconservación es también un objeto erótico, distinguirlo de entrada priva del valor de la intrincación).

Es pues, “algo” que concierne también al objeto lo que se encuentra retroproyectado sobre el objeto mismo. El objeto debe aceptar dejarse utilizar así, y debe

también poder proponer una diferencia entre la cosa misma y la cosa para jugar, para “jugar al objeto”. El objeto que se da como objeto debe soportar ser utilizado como objeto para simbolizar. La distancia tan frágil como sea, es aquí crucial, es la que introduce la no-identidad a ella misma, que abre el espacio de simbolización. El objeto debe aceptar ser, de entrada, un objeto para jugar, y esto sin disociación, es decir, sin resolver la paradoja.

La tolerancia del objeto a la acogida de la alucinación de la materia primera psíquica define lo que podría llamarse la *feminidad primaria del objeto*. Se caracteriza por una maleabilidad suficiente en relación con el objeto (“la madre suficientemente buena” es una buena plastilina para simbolizar) es la forma viva del médium maleable. El objeto debe poder sobrevivir con placer a esta utilización de su forma y de su interioridad, y por esto debe y no debe tomarse por sí misma.

El rol transformador del objeto que se debe así utilizar, ha sido descrito por Bion como “capacidad de rêverie materna”, o por Winnicott como “función de espejo del rostro materno” y del entorno materno. Yo insisto, personalmente, sobre la función simbolizante de la aceptación, y de la metabolización por la madre de la paradoja de la utilización del objeto para simbolizar el objeto. La función simbolizante se añade a las funciones de paraexcitación y continente, al holding y al handling requerido por el objeto materno, que les especifica en su participación en la actividad de simbolización, mejor dicho, les da su sentido como componentes de una función simbolizante del objeto.

Sin embargo, el objeto también es otro sujeto, tiene su resistencia, su propia consistencia, su especificidad, sus deseos



propios, sus características no maleables: el objeto tiene también sus partes duras, las que no son “utilizables” de entrada, si acoge a la transferencia de la materia primera psíquica, también la refracta. Se podría definir esta capacidad del objeto a refractar la transferencia como la *masculinidad primaria del objeto*.

Si continuamos pensando dialécticamente esta parte no-maleable del objeto, no captable de éste, es también el carácter duro del objeto lo que retroactivamente confiere valor a su maleabilidad. Es lo no utilizable del objeto lo que permite poner en valor lo que ofrece para su utilización. Esta dialéctica prefigura la bisexualidad, y abre la posibilidad de la futura diferencia de sexos en lo sexual⁶.

Se podría también buscar en la pareja formada por el movimiento de externalización de la materia primera del psiquismo y la respuesta del objeto a este transfer primordial la fuente de las primeras matrices significantes. Que se han llamado “pictogramas originarios” por Piera Aulagnier, “significantes formales” por Anzieu, “significantes de demarcación” por Rosolato, o que sean descritos como las “primeras formas arquitectónicas de la simbolización” por Genevieve Haag. Estos primeros elementos matriciales de la actividad de simbolización, ganan cuando son pensados a partir la dialéctica del movimiento del sujeto y del tipo de “respuesta” producido por el objeto a este movimiento. La simbolización, incluso en sus primeras formas o sus preformas, se

fundamenta sobre un juego intersubjetivo que busca figurar. Pero gana también prefigurando por otro lado, lo que será su horizonte elaborativo potencial, su atractor elaborativo, es por lo que no es inútil establecer, de entrada, también la conexión con la bisexualidad y sus primeras formas.

El Objeto-Juego Y El Juego Autosubjetivo

Lo que no ha podido tomar forma en la relación primera con el objeto, lo que choca con la dureza de éste, lo que queda del primer tiempo del proceso de simbolización va a estar en el origen de una primera *bifurcación* del proceso de simbolización, que va a tener que encontrar otros objetos para intentar representar perceptivamente lo que amenaza escaparse.

Los objetos así buscados pueden ser definidos como “objeto juegos”, según el término del poeta F.Ponge⁷. Objeto-juego ya que sirven al despliegue del juego intersubjetivo, objeto-juego también en la medida en que el juego mismo se constituye como objeto en y por el juego mismo por su proceso.

Lo que intenta desplegarse en el objeto juego concierne a aquello que ha comenzado a tomar forma en la relación con el objeto, así como lo que no ha podido figurarse y empezar a representarse en esta primera relación. El reto de la relación con el objeto debe así estar situado tanto del lado de lo que se ha podido producir con el objeto, como de lo que no ha podido tomar lugar ni forma con él. Y

⁶ Sobre esta diferencia, cf Roussillon “Le rôle charnière de l’angoisse de castration” en *Le mal-être* PUF “Psychanalyse en débat” 1997

⁷ Cf también Fedida



también de lo que ha podido producir en el sujeto aquello que chocó sobre o contra el objeto, y no pudo ser acogido por éste.

Es esta complejidad la que va a tratar de difractarse sobre los objetos inanimados pero animables, gracias al transfer del carácter vivo de la respuesta primera del objeto. Lo hemos señalado anteriormente: el animismo toma su fuente, a la vez en la externalización alucinatoria de la huella interna, y en el encuentro primero de esta huella con otro sujeto vivo también él y que lo testimonia por su tipo de respuesta creativa⁸. Sin embargo, este transfer no se efectúa más que si el objeto tolera y autoriza este desplazamiento, incluso lo favorece, es lo que Winnicott ha llamado la “presentación del objeto”; es decir, si el objeto reconoce en acto, el límite de su utilización por el sujeto y la necesidad de éste, de encontrar fuera aquello que en la relación con él, no se ha podido dar. Se reconocerá aquí la primera forma de la presencia de lo prohibido del incesto que promulga la imposibilidad del objeto de proveer todas las necesidades del sujeto, pero abre al mismo tiempo, la posibilidad de satisfacer fuera lo que no ha podido colmarse por sí mismo. El desplazamiento sobre el objeto-juego es, pues, la primera forma de metaforización, contiene ya una primera expresión de la prohibición del incesto.

Los objetos-juego van a acoger, pues, la proyección del valor anímico concebido en la relación primera con el objeto. Pero

aquí, de nuevo su elección específica será ordenada por su capacidad de recordar las propiedades perceptivas del objeto, anteriormente utilizadas. La alucinación se aloja en la percepción, utiliza las propiedades perceptivas del objeto para operar su transmutación en ilusión. El objeto-juego no es atractor más que en la medida en que hace posible el transfer perceptivo del objeto o de la cualidad del objeto, también en la medida en que recuerda algo del objeto o de la falta del objeto, es por esto por lo que se puede decir que ciertas características de la relación anterior con el objeto (en positivo y en negativo) se desplazan y se transfieren por desplazamiento sobre el objeto-juego.

Inversamente, pues, la elección de objeto permite analizar lo que está queriendo simbolizarse en el encuentro con el objeto, difracta y analiza el negativo de la relación con el objeto, permite analizar la relación primera con el objeto, ayuda a ceñir lo que no ha podido tener lugar en este.

El beneficio principal del objeto-juego es de capturar gracias a la motricidad, lo que ha escapado del objeto en el encuentro anterior con él. El objeto-juego es transformable con ayuda de la mano y de la motricidad, permite captar y explorar el enigma de “lo duro” y de la respuesta del objeto, de tratarlo por desplazamiento. La actualización alucinatoria le da valor al objeto juego, se convierte en objeto para la psique, y la motricidad, sobre este fondo y a través del objeto juego, hace manipulable y transformable, la parte de la psique que lo acoge

Imaginamos ampliamente la economía que se hace posible así; el objeto juego, a diferencia del objeto va a poder ser, gracias a la motricidad ,atacado, tirado,

⁸ Una coyuntura del tipo descrito por Green como “madre muerta” convierte en deficitario el primer animismo y genera una dificultad en su desarrollo



mordido utilizado de forma despiadada por la creatividad y la destructividad del sujeto y en el despliegue de esta utilización despiadada, será apropiado subjetivamente para que sobreviva a los aspectos violentos del amor y de la destructividad primera.

La utilización del objeto-juego posibilita una nueva experiencia subjetiva, la de la manipulación y de la transformación de la materia psíquica que se aloja ahí; anticipa de esta manera el trabajo de transformación del espacio onírico, del cual se provee para la experiencia prototípica. A partir de la exploración y del descubrimiento las propiedades de la experiencia del juego, hace también posible, sobre la base de esta experiencia subjetiva nueva, la exploración y el descubrimiento de las propiedades de simbolización misma.

El juego autosimboliza la actividad de simbolización que autoriza, permite descubrir sus características, sus condiciones de posibilidad, sus precondiciones.

Una parte del juego trata el juego mismo, el espacio sobre lo que se define. En su desarrollo y al hilo del descubrimiento de sus propias necesidades el juego simboliza que es juego, que se despliega en el seno de un marco y que su proceso se define en su recorrido.

El "play" descrito por Winnicott, no es un juego sin reglas; es un juego sin reglas preestablecidas, es un juego que descubre sus propias reglas, las representa a través de sus condiciones de posibilidad, a partir de ellas pueden mantenerse y en su representación las puede relanzar. El juego mismo es uno de los objetos del juego. No es un puro autoerotismo autosensual, es esta actividad autoerótica que abre sobre la simbolización que desprende la auto-sensualidad de sí misma para abrir su

objeto, para simbolizar su alteridad y así reconocerla, al mismo tiempo que es reconocida por su representación.

Sin embargo, aquí está el límite, el juego permanece dependiente de la presencia y de la materialidad del objeto-juego. Permanece hiriente para el narcisismo primario, en la medida misma de esta dependencia. Hace posible la captura de la materia del ser, pero con el riesgo de encerrar la simbolización de éste en una forma que amenaza con fetichizarlo, de fijarlo en esta forma misma. *Presenta el límite de lo que propone, materializa pero amenaza con aprisionar en la materia y en la forma que le confiere.* El juego choca sobre la materialidad del objeto-juego, que hace incapturable la vida del ser, y la imposibilidad de inscribir este en una forma definida sea cual fuere. Ciertamente existen objeto-juego que se prestan más que otros, por su ausencia de forma específica (plastilina, agua medium maleable) a una puesta en forma no fijada y por lo tanto no fetichizante, pero esto está todavía lejos del ideal una representación viva de lo vivo⁹.

Una nueva bifurcación del proceso de simbolización, va a tener que introducir el trabajo de dematerialización -que se hace necesario para llegar al verdadero status de una representación de cosa psíquica, para intentar llegar a la asimilación narcisística del proyecto de la simbolización: representar todo, poder representar todo y apropiarse simbólicamente de la experiencia vivida.

⁹ Por el juego de su formación/deformación, por el proceso de transformación que autorizan, prefiguran en negativo la captura representativa



El Sujeto Y La Desmaterialización Psíquica

A partir de las experiencias del juego simbólico con el objeto, después con el objeto-juego, se constituyen huellas internas de transformación y de simbolización de la materia primera psíquica. Todo está listo para que el trabajo del sueño, así preparado para que la experiencia diurna, pueda poner en marcha el último capítulo del trabajo de simbolización primaria.

El sueño suspende la percepción actual, suspende la motricidad, libera el proceso representativo del sujeto del peso de la materia, y del movimiento efectivo, de la dependencia en relación a su realidad y materialidad, libera del peso objetivo actual de todos los objetos externos animados e inanimados. Permite encontrar “dentro”, a partir de las inscripción interna de las huellas de esas experiencias de simbolización transicional, los procesos que se efectúan entre dentro y fuera.

Sñar, es transferir en el espacio representativo, la percepción y la motricidad de la vía diurna, es encontrar en el espacio representativo las capacidades representativas en el comercio con los objetos, pero abstrayéndose de estos, en su ausencia y la ausencia de sus propiedades perceptivo-motrices. Es en esto en lo que el sueño es “narcisístico”, se da sus contenidos, sus objetos a partir de las huellas del encuentro diurno con los objetos externos pero desmaterializando a éstos, contentándose con representarles a partir de las huellas internas que ha podido construir de ellos. Incluso, si éstas contienen aún residuos del enigma de su alteridad primera, el narcisismo del sueño asimila esta alteridad, o intenta asimilar esta alteridad de sí, es decir, intenta cons-

tituir ésta como alteridad interna, interna al narcisismo mismo. Intenta hacerse así, independiente de todo objeto externo, de todo objeto-juego, de no deber su forma más que a sus propios recursos internos. Es en este sentido en el que es apropiativo de la experiencia, pone en acto esta apropiación, esta interiorización de la puesta en forma de la experiencia vivida, incluso si a veces recuerda en sus elecciones de puesta en representación de ésta, la deuda contraída en relación de aquel o aquellos objetos u objeto-juego con el cual su experiencia ha podido ponerse en forma. En esto participa, de las condiciones de posibilidad de un duelo de los objetos externos.

El mundo interno que se había desplegado fuera en los tiempos precedentes del proceso de simbolización, se repliega entonces sobre sí mismo y se hace espacio interno internalizado.

Gracias al proceso alucinatorio, encuadrado esta vez en el espacio del sueño, el mundo interno se proyecta y se da una realidad perceptivomotriz independiente de los objetos y de los objetos-juego, se da una materia representativa en la cual la psique se hace realidad para el sujeto, en la cual la materia psíquica puede captarse ella misma sin mediación externa. Meta de un proyecto de captación de la materia primera psíquica inmaterial, de la subjetividad misma, el sueño permite intentar simbolizar lo incapturable de sí, capturar-lo como incapturable, es decir, como ombligo, como empuje, como pulsión, como deseo.

En el sueño, el sujeto busca “producirse”, al mismo tiempo que produce las figuras de su sueño, intenta “producirse” como se dice de un actor que se produce en público, intenta producirse por sí



mismo, re-producirse al mismo tiempo que se representa y llega a la cuestión de su representación como sujeto creador. El sueño produce el sujeto de la representación, contiene siempre el proyecto de una autopresentación simbólica de sí, flanqueada por el otro, de una autopresentación de sí mismo creador de sí. Mientras que en la vida diurna, el espejo de la respuesta de los objetos o la materialización simbólica con los objetos juego haya sido suficientemente buena, la presentación de sí mismo creador y deseante, encuentra en la producción onírica de sí, una representación suficiente para el narcisismo, una representación restauradora de sí.

Pero sobre la otra cara de esta proceso, el sueño está también endeudado de sus objetos externos extraños, se capta en la abstracción de estos, pero los pierde en el mismo movimiento; no se encuentran más que a condición de aceptar perderlos, al menos de perderlos como otros objetos en su diferencia. Es por esto por lo que la restauración que el sujeto encuentra en la fábrica onírica, no dura más que el tiempo de su puesta en forma, no dura más que el tiempo de esta restauración narcisística misma. La apropiación del trabajo de la alteridad que motiva la actividad onírica, la digestión psíquica de la que es la sede, choca a fin de cuentas sobre la ausencia de objetos, de su materialidad efectiva, de su extrañeza nutricia, de su diferencia creativa. *El esfuerzo de la completud narcisística, de la que el sueño lleva el sello, contiene en sí mismo su propio límite, límite que es tanto el de la alteridad interna a sí mismo, lugar- fuente de la pulsionalidad interna, como el del efecto de la desaparición de los objetos en su diferencia eficaz.*

La simbolización onírica simboliza también su propia incompletud, su propia limitación, simboliza, o debe simbolizar el límite de la simbolización misma, el límite de la actividad de la simbolización, el límite de la “solución” simbólica aportada a la actividad deseante del sujeto. El sueño también choca sobre la ausencia ligada a sus propias precondiciones de despliegue.

Ya que, el movimiento de tránsito externo de las partes de sí en el objeto o en el objeto-juego, en esta búsqueda de forma y de placer reconocido se capturó en el encuentro con la alteridad. Este placer debe aceptar que le debe al otro la satisfacciones primordiales, el placer originario se ha reconocido en el paso del placer tomado con el objeto, ha reconocido su fuente en el encuentro con este objeto o la materialidad de sus objetos-juego, ha reconocido que era placer de los encuentros. La operación no ha sido “blanca”, ha constituido la alteridad como el lugar de una diferencia produciendo placer, un placer que puede ser reconocido ahora, dado que la urgencia narcisística primera se ha apaciguado, un placer que empuja al encuentro con el objeto y que se fundamenta sobre éste. El encuentro consigo mismo en el narcisismo onírico abre sobre el de la alteridad por la cual ésta se hace posible. *Es aquí donde está la paradoja fundamental del proceso de simbolización primaria, se constituye con un objetivo narcisístico que se supera a sí mismo por el proceso que le permite producirse, por el reconocimiento de los imperativos de su propio movimiento, por el reconocimiento de la diferencia en su mismo movimiento.*

Así el movimiento autorepresentativo, conlleva el bucle siguiente del proceso de simbolización. Toma nacimiento y mo-



tivo en el hecho de reconocer y hacer reconocer a los sujetos cómo se puede compensar narcisísticamente lo que les es debido, placer tomado en y por el encuentro con ellos, también interrogar a los objetos sobre el placer tomado con el sujeto , *sobre el placer tomado por el objeto en el encuentro, pero también en la separación y en la diferenciación.*

En este proceso la simbolización se secundariza¹⁰, se desprende de ella misma para constituir el placer, el placer de reconocer, el placer de reconocer el placer de la identidad en el símbolo reconocido en su valor exploratorio, de aquello desconocido del placer de sí mismo. El drama de Narciso del mito de Ovidio, no toma su fuente en el placer de sí, sino en la ausencia de respuesta de los objetos, en su indiferencia al placer de sí, en su indiferencia a la necesidad del reconocimiento del placer de sí, tomado a través del extraño y la alteridad de los objetos y los objetos-juego.

No se puede hacer el duelo de lo que no se ha recibido o constituido, el narcisismo residual que envenena las relaciones de objeto con los efectos de su influencia, no es la huella conservada de un narcisismo de infancia que ha encontrado el medio de superarse, conlleva más bien la huella de lo que no ha podido tener lugar, de lo que no ha podido simbolizarse “primariamente” para integrarse en el Narcisismo Primario o los autoerotismos consecuentes. Va a ser en negativo donde

los traumatismos de esta zona de construcción psíquica se hacen conocer, es también a partir de esta negatividad donde serán reconstruibles y analizables a lo largo de la cura, es, en fin, a partir del análisis de los procesos que tienen fijados en sus modalidades de “ligazón primaria no simbólica”, dónde la esperanza podrá renacer de su nueva puesta en juego.

¹⁰ Sobre la articulación simbolización primaria/secundaria cf. Roussillon “La métapsychologie des processus et la transitionnalité” Revue Française de Psychanalyse 1995 no 5 Especial Congreso

